

PAUL BOURGET

COSMÓPOLIS

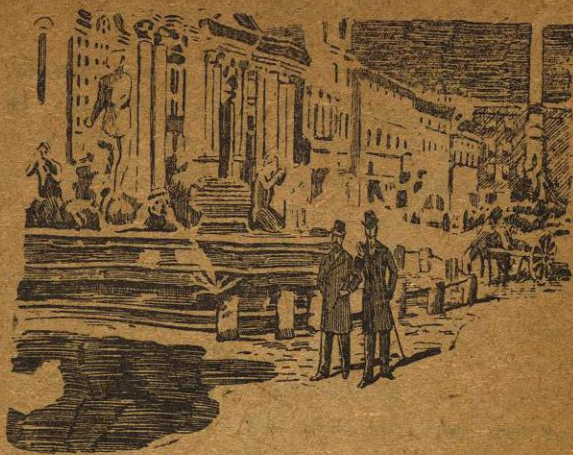
VERSION ESPAÑOLA

EDICION DE "EL MUNDO ILUSTRADO"

~~~~~  
**TOMO II**  
~~~~~

MEXICO—1904

Talleres de Tipografía, Litografía y Fotograbado de "El Mundo"
2a. de las Damas, 3 y 4.



I

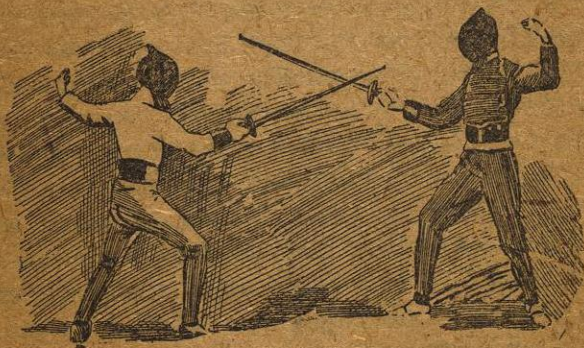
Una Yago

El remordimiento que tan inocentemente experimentaba Montfanón una vez en posesión de su cabal juicio, debía crecer bien pronto en el corazón del honrado caballero. Razón había tenido para decir desde el principio que el negocio se anunciaba mal. Una cuestión complicada con la vía de hecho ó la tentativa de ella, como él mismo había comprendido desde las primeras palabras de Chaprón, no es cosa fácil de arreglar, si no se hacen prodigios de diplomacia. La menor pérdida de sangre fría de parte de los testigos, equivale á una catástrofe. Como en tales circunstancias sucede, los sucesos se precipitaron, y las previsiones pesimistas del irritable Marqués se cumplieron casi al mismo tiempo que él las anunciaba. Apenas habían Dorsenne y él abandonado el palacio Savorelli, cuando llegaba Gorka, citado po

el Barón para las diez. La energía con que rechazó la proposición de un arreglo, que exigía excusas de su parte, sirvió de señal al prudente Hafner y al no menos prudente Ardea para una retirada definitiva. Era para ellos evidente que una conciliación era imposible, entre el choque de un loco y una persona tan difícil de vencer como el más autorizado de los testigos de Florent se había presentado. Pidieron, pues, á Gorka, de común acuerdo, que les relevase de su misión, tomando como legítimo pretexto las relaciones de Fanny y de Ardea. Gorka les devolvió su palabra, y la tal retirada fué una segunda catástrofe. En su impaciencia por encontrar testigos que hablasen alto y fuerte, Gorka corrió al Círculo de la Caza, y la casualidad quiso que encontrara dos compañeros: un Marqués Cibo, romano, y un Príncipe Pietrapertosa, napolitano, que eran sin duda los más á propósito para llevar el más sencillo asunto á las peores consecuencias. Estos dos jóvenes de la mejor nobleza de Italia, muy inteligentes, muy leales y muy buenos, pertenecían á esa clase particular que se encuentra en Viena, en Madrid, en San Petesburgo, en Milán, en Roma, de *clubmen* extranjeros hipnotizados por París. ¡Y qué París! El de las fiestas elegantes que se pasa la mañana practicando ejercicios de moda, la tarde en carreras y en las salas de armas, la primera parte de la noche en el teatro, la restante en el juego. Ese París que emigra, según la fecha, á Monte Carlo para el Tiro del Pichón, á Deauville en la semana de carreras, á *Aix-les-Bains*, cuando la época del Baccarat, poseyendo sus costumbres, su lenguaje, y hasta su cosmopolitismo, pues ejerce en ciertas imaginaciones, al través de Europa, un tan despótico imperio, que Cibo, por ejemplo,

y su amigo Pietrapertosa no abrían jamás un periódico francés que no fuese del bulevar, buscando en él las noticias del *demi-monde*, los detalles de tal ó cual partida en un círculo de moda, el resultado de un match en casa de Gastinne, y el de un asalto entre tiradores célebres. Era entre ellos objeto de constante conversación saber si la espiritual Gladys Harvey era más elegante que Leona d'Asti, si Lautrec ganaría ó no al juego, etc. Aprisionados en Roma por lo exiguo de sus recursos, y también por la voluntad, de su tío el uno, de su abuelo el otro, tío y abuelo á quienes debían heredar, todos sus placeres reducíanse al mes que en el invierno iban á pasar á Niza, y al viaje que hacían á París para pasar en este punto seis semanas en la época del Gran Premio. Envidioso el uno del otro, hasta disputarse, con la más cómica rivalidad, la menor escapada al círculo de los Campos Elíseos ó á la calle Real, afectaban con sus consocios del Círculo de la Caza la actitud de augures, cuando el telégrafo les traía la noticia de un célebre proceso de adulterio parisienense que comentar. Esta inofensiva manía, que había hecho del robusto y rojo Cibo y del largo y flaco Pietrapertosa dos deliciosos fantoches dignos de estudio para Dorsenne durante el invierno que pasó en Roma, debía hacer é hizo de ellos dos terribles testigos al servicio de la venganza de Gorka. Después de esta sencilla descripción, todos los que de cerca ó de lejos han estudiado á los esgrimidores, comprenderán la alegría y solemnidad con que aceptaron su misión, y también con qué rigor y corrección á las nueve de la mañana se presentaron para conferenciar con los testigos del adversario de su patrocinado. A las diez y media el duelo estaba dispuesto hasta en sus me-

nores detalles. La energía desplegada por Montfanón, en una discusión de tres mortales horas, no había producido más efecto que el de atenuar algo las condiciones: se cambiarían cuatro balas á veinticinco pasos. Fijóse el duelo para la mañana del siguiente día, en un cercano contiguo á una posada que Cibo poseía en pleno campo romano, no lejos de la clásica tumba de Cecilia



Metella. Preciso fué para obtener esta distancia y el empleo de armas nuevas, el prestigio de que el Marqués se revistió repentinamente á los ojos de los testigos de Gorka, pronunciando el nombre, aún legendario en provincias y en el extranjero, de Gramont-Caderousse. *Sic transit gloria mundi!*—Al salir de la conferencia, el excelente hombre tenía lágrimas en los ojos.

—¡Es por culpa mía!—gemía.—¡Es por mi culpa! Con Hafner hubiéramos obtenido un acta poniendo un poco de nuestra parte! El mismo nos la ofrecía. ¡Pobre Chaprón! Yo mismo le he puesto en esta situación. Debo no abandonarle y seguirle hasta el fin. ¡Y heme aquí, á mi edad, asistiendo á un duelo! ¿Ha visto usted

cómo esos *snobs* han bajado de tono, cuando les he hablado de mi encuentro con ese pobre Caderousse? ¡Cinuenta y dos años y un mes y no saber aún cómo conducirse! Corramos á la calle Leopardi. Quiero pedir perdón á nuestro representado, y darle algunos consejos. Le llevaremos á casa de uno de mis viejos amigos que tiene un jardín cerca de la villa Pamphili, completamente desierta. Pasaremos lo que resta de la tarde haciéndole tirar al blanco. ¡Ah! ¡Maldita cólera! ¡Era tan sencillo aceptar el proyecto del otro! ¡Con dos ó tres palabras todo se hubiera arreglado como era debido!

—Consuélese usted, Marqués—respondió Florent cuando el desolado gentilhomme le hubo expuesto el deplorable resultado de sus negociaciones. Prefiero esto. El señor Gorka tiene necesidad de un correctivo. No tengo más disgusto que el de no habérselo dado más completo. De todos modos me hubiera batido lo mismo.

—¿Ha tirado usted á la pistola?—preguntó Montfanón.

—¡Bah! He cazado mucho, y me creo un buen segundo fusil.

—Hay la misma diferencia que entre la noche y el día—interrumpió el Marqués.—Esté usted presto. A las tres vaya usted á buscarme é iré á darle una lección. Además... ¡hay un Dios para los valientes!

Aunque Florent merecía este elogio por la tranquilidad que su respuesta probaba, los primeros momentos que pasó después de la marcha de sus dos amigos fueron muy penosos. El Mariscal Ney, que se conocía, ha arrojado una palabra de un brutalidad sublime en boca de un héroe que no había proferido cuando la famosa marcha sobre Orche, más que esta queja: «No estamos

bien.» Es preciso citarla porque es siempre la pura verdad humana. «¿Quién es, pues, el J. F. que pretende no haber tenido nunca miedo?»



Lo que Chaprón sintió durante algunos momentos

era una angustia legítima, el enervamiento de mirar al reloj y decirse:—¿Dentro de veinticuatro horas viviré aún?—Mas era de una naturaleza viril que sabía dominarse. Procuró, pues, luchar contra aquella impresión de debilidad, y mientras llegaba la hora de reunirse con sus amigos, resolvió escribir su última voluntad. Desde años antes su intención era dejar á su cuñado toda su fortuna. En este sentido, redactó, pues, su testamento, con mano temblorosa al principio, firme después. Cerrado el testamento, tuvo aún ánimos para escribir dos cartas, dirigidas la una á su cuñado, la otra á su hermana. Cuando terminó estos preparativos, el reloj marcaba las dos y cuarenta.

—Aún tengo diecisiete horas y media de espera—dijo,—pero creo que he dominado mis nervios. Un paseo acabará de sujetarlos.

Y resolvió ir á pie al sitio en que Montfanón le había citado. Había encerrado los tres sobres en el cajón de su mesa. Aseguróse de que Lincoln no estaba en su estudio; preguntó después si la señora de Maitland estaba en casa. Le respondieron que acababa de vestirse y que había pedido el coche para las tres.

—Bien-dijo.—Nada sospechan. Estoy salvado.

¡Qué asombro hubiera sido el suyo si hubiera podido, mientras se dirigía siempre algo indolentemente hacia el Capitolio, volver su pensamiento á la habitación que acababa de dejar! Hubiera visto una mujer que entraba sin ruido por la puerta abierta con precauciones de malhechor. Hubiérala visto remover sus papeles sin desarrugarlos y fruncir el ceño ante la carta de Dorsenne y del Marqués. Hubiérala visto, en fin, sacar de su bolsillo un manojito de llaves, ensayar una en el cajón que Flo-

rent había cerrado tan cuidadosamente, y, una vez abierto éste, sacar los tres sobres que aquél había dejado sin cerrar. Esta mujer, que leía con un rostro contraído por la angustia aquellos papeles, descubiertos gracias á una astucia que atestiguaba vergonzosos hábitos de espionaje, era su propia hermana, aquella Lidia que él creía tan dulce, tan sencilla, y á la que había escrito un ternísimo adiós, para el caso en que fuera muerto; aquella Lidia que le hubiera espantado de poder verla así; tanto desfiguraba la pasión su fisonomía, de una belleza que pasaba por insignificante. Ella misma, la audaz espía, temblaba como si fuera á caer. Sus ojos se dilataban, palpitaba su seno, rechinaban sus dientes; tanto terror la producía lo que veía, y cuya causa era ella. ¿No era ella la que había escrito los anónimos á Gorka para anunciarle la intriga de Lincoln con la señora Steno? ¿No había buscado, para envenenar aquellas terribles cartas, las frases más propias á fin de herir al amante engañado en su amor propio? ¿No había precipitado la vuelta del celoso con la seguridad de avivar así una trágica venganza sobre las odiadas cabezas de su marido y de la veneciana? Al fin veía esta venganza. ¿Pero contra quién? Contra la única persona á quien Lidia amaba en el mundo, contra aquel hermano que veía en peligro por culpa suya, y esta idea le fué tan dolorosa, que se dejó caer sobre el sillón en el que Florent estaba sentado un cuarto de hora antes, repitiendo con acento de locura:

—¡Va á batirse!... ¡Es él quien se bate... él... en vez del otro!

Toda la historia moral de aquella alma violenta y tenebrosa se resumía en ese grito, en el que la ansiedad

apasionada para con su hermano, uníase á un odio feroz para con su marido.

Desde su infancia mostró Lidia el fondo de su carácter.

¿Pero quién se encontraba á su lado para poder enderezar aquella naturaleza, en la que la herencia de una raza oprimida se manifestaba, como ya se ha dicho, por dos disposiciones de las más detestables: la hipocresía y la perfidia? ¿Quién se acuerda ante los niños de esta verdad decantada en la práctica y banal en la teoría, á saber: que los defectos de los diez años serán los vicios de los treinta? Aún muy niña, Lidia mentía con tanta naturalidad como su hermano decía la verdad. Al mismo tiempo apuntaba en ella el defecto de una envidia irracional, instintiva, casi enfermiza. No podía ver en manos de Florent un juguete nuevo sin enfurruñarse en seguida. No soportaba que su hermano besase á su padre, sin interponerse entre sus caricias, y menos que se divirtiese sin ella con sus camaradas. Si Napoleón Chaprón se hubiese preocupado por los problemas del carácter como lo estaba por la venta de sus algodones ó de sus cañas de azúcar, hubiera visto con tristeza estas primeras líneas de una personalidad malvada. Pero, semejante en este punto á su hijo, era uno de esos hombres sencillos que no juzgan á los que aman. Por otra parte, Lidia y Florent representaban para su sensibilidad herida de medio paria, el único rincón dulce, puro consuelo de su viudez y de su misantropía. Les quería con ese amor idólatra que los grandes trabajadores sienten por sus hijos, que es una de las formas más peligrosas de la ternura paternal cuando el buen sentido de la madre no corrige estas de-

bilidades. Los nacientes vicios de Lidia fueron para el plantador deliciosas fantasías.

¿Mentía la niña? El excelente hombre exclamaba:

“¡Qué talento tiene,, De esta egoísta ceguedad—pues amar así á los hijos es amarles por uno propio y no por ellos—resultó que la pequeña era ya, cuando fué á Roehampton, una criatura excesivamente mimada. Pero era tan linda, debía á la mezcla singular de tres sangres una originalidad tan seductora, que únicamente la mirada de una institutriz de genio hubiera apreciado bajo aquella apariencia las líneas de su verdadero carácter. Tales institutrices son raras, y en Roehampton no había ninguna cuando Lidia entró en la religiosa casa, que debía serle muy funesta, por una razón contraria á la que transformó para Florent los prados del apacible Beaumont en delicioso paraíso de amistad.

Entre las pensionistas había, en efecto, cuatro jóvenes de Filadelfia, mayores que la recién llegada unos dos años, y que habían abandonado América por la vez primera. Llevaban invencibles prejuicios contra la sangre negra y esa prodigiosa perspicacia para descubrirla en dosis infinitesimales, que distingue á las verdaderas yankees. La niña Chaprón había sido inscrita como francesa, y ellas dudaron ante una sospecha que se cambió en certeza y ésta en una aversión que no trataron de disimular. No hubiesen sido niñas si no hubieran sido feroces. Comenzaron por atormentar á Lidia con mil detalles, sin llegar á propagar el desdén que por ella sentían. Los conventos y los colegios son semejantes á las demás sociedades humanas. En ellos el desprecio injusto es parecido al juego de la sortija,

que corre de mano en mano y que vuelve sin cesar al punto de partida. Todos los desdeñosos son á la vez desdeñados por alguno, merecida pena que no corrige nuestro orgullo, como los otros castigos de la vida no curan nuestros defectos. Las perseguidoras de Lidia eran objeto de ultrajes por parte de sus compañeras, nacidas en Inglaterra, á causa de ciertas particularidades en sus frases y por lo nasal de su pronunciación. Su animosidad contra Lidia valió á ésta un verdadero partido.

Aquel drama de convento se limitó á una serie de insignificantes episodios, de los que las vigilantes apenas percibieron el eco. Los niños alimentan pasiones tan vivas como nosotros; pero siempre tan cortadas por el juego y tan rápidas, que es imposible medir exactamente su fuerza ni descubrirlas sino por sus efectos, en general muy lejanos. El amor propio de Lidia fué herido de una manera incurable por aquella revelación de la singularidad original. Volvieron á su imaginación ciertos incidentes de su vida americana. Acordóse del retrato de su abuela, de la tez, las manos y los cabellos de su padre, y sintió la innoble vergüenza de su origen y de su familia, más frecuente en los niños que lo que imagina nuestro optimismo, y uno de los peores fermentos de íntima desmoralización. Los padres de humilde origen que hacen dar á sus hijos una educación liberal, les exponen á esto; ¡y cuántos odios sociales datan del momento en que un mozo de doce años ha enrojecido ante él mismo por la condición de los suyos! En Lidia, tan instintivamente envidiosa y mentirosa, estas primeras ulceraciones produjeron envidias y mentiras. La más ligera superioridad de alguna de sus compañeras la hacía sufrir, y quiso compen-

sar con triunfos personales aquella diferencia de sangre, que, una vez notada, hízose llaga en una naturaleza vanidosa como la suya. Para asegurar estos triunfos, quiso seducir á cuantas personas se le acercaban, maestras y compañeras, y comenzó á practicar la constante comedia de actitudes y sentimientos á que nos lleva ese fatal deseo de agradar, esa encantadora y peligrosa disposición que á veces confina en la bondad ó en la falsedad. Vale más hacer sentir á los otros la dureza de un egoísmo confesado, que modelar sin cesar un alma que concuerde con sus exigencias. A los doce años, y adiestrada en esta constante escuela de comediantes, Lidia era, bajo la más graciosa forma, un ser profunda aunque inconscientemente perverso, poco capaz para sentir afectos—no amaba realmente más que á su hermano,—y dispuesta para la invasión de las pasiones que el odio engendra, natural cosecha de las almas orgullosas, secas y falsas. El matrimonio acabó de desarrollar en ella una de las pasiones más mortíferas: la envidia.

Este odioso vicio ha sido tan mal estudiado por los moralistas, como demasiado deshonroso, sin duda, para el corazón del hombre, que este hecho parecerá inverosímil. La señora de Maitland estaba desde hacía algunos años envidiosa de su marido; pero envidiosa como podía estarlo uno de los rivales del artista, como una mujer bonita de otra, como un banquero de otro banquero, ó un político de un adversario, con esa envidia feroz, implacable, que se convierte en dolor físico ante el buen éxito, que se llena de sensual alegría en los desastres. Gran error es limitar los estragos de esta culpable pasión al dominio de la emulación pro-

fesional. Cuando es profunda, no ataca solamente á las cualidades de la persona, quiere á la persona misma, y así era como Lidia envidiaba á Lincoln. Tal vez el análisis de este sentimiento muy subjetivo, explicara tristemente á aquellos que lo sienten la génesis de algunas de las antipatías que sienten entre sus más allegados. No solamente entre esposos se encuentran estas envidias secretas, sino entre amantes, entre amigos, de hermano á hermano, y alguna vez de padre á hijo y de madre á hija. Habíase Lidia casado con Maitland por obediencia un poco á los deseos de su hermano, mucho por vanidad, puesto que el novio era un americano de los Estados Unidos, y había en aquel matrimonio una especie de victoria sobre el prejuicio de raza, en el que pensaba siempre, sin hablar jamás de él. Tres meses de vida común bastaron para que notase que Maitland no se perdonaba aquel matrimonio. Aunque afectase despreciar á sus compatriotas, y aunque en el fondo no participase de ninguna de las ideas de un país donde no había vuelto á poner los pies desde los cinco años, no soportó sin disgusto algunos comentarios hechos en Nueva York sobre aquel matrimonio, el eco de los cuales llegó hasta él por muchas partes. Sintió Lidia la humillación. Sin duda el nacimiento de un hijo hubiera modificado aquella primera impresión, y, si no transformado, enternecido al menos el acre corazón de la joven.

Pero no le tuvieron. No habían vuelto de su viaje de novios, durante el que Florent les había acompañado, y ya su vida estaba ligada á esa convención del silencio que aparta á los esposos cuyos corazones no laten al unísono. Desde aquel viaje por España, que hu-

biera debido ser un continuo encanto, la joven sentía celos de la preferencia evidente que Florent daba á Maitland sobre ella. Por primera vez se dió cuenta del lugar que aquella apasionada amistad ocupaba en el corazón de su hermano. Este la amaba también, pero en segundo término. Esta comparación le produjo un escozor de todos los días, de todas las horas, que no tardó en envenenar la herida. De regreso en París, donde pasaron cerca de tres años, hízose mayor la herida, por el solo hecho de que la poderosa personalidad del pintor relegó pronto á la sombra la de su mujer, sencillamente, casi mecánicamente, como un gran árbol colocado junto á otro más pequeño, roba á éste el sol y el aire. La sociedad de aficionados, de artistas, de escritores que iba á casa de Lincoln, no iba más que por él. La casa que habían alquilado estaba instalada para él. Algunos viajes que hicieron, por él fueron organizados. Lidia era arrastrada como Florent en la órbita de la fuerza más despótica que hay en el mundo: la de un talento célebre. Un libro entero sería necesario para pintar en su verdad cotidiana las continuas humillaciones que llevaron á la joven á aborrecer aquel talento y aquella celebridad, con tanto más ardor cuanto que Florent los adoraba. Fué, no obstante, honrada, en el sentido en que se toma esta palabra por el mundo, que hace consistir todo el deshonor de la mujer en las faltas del amor. Vivía en un fondo de histerismo, como la mayor parte de las comediantas de nacimiento, y, por consecuencia, de inalterable frialdad. Dejó, en cambio, que crecieran en ella los instintos de un ser poco honrado. Acabó por odiar á Lincoln con una aversión que iba de la animosidad física á las cosas de

la inteligencia, pasando por los más vulgares detalles de su existencia común. Detestóle por su sangre blanca, que hacía de aquel alto y robusto mozo rubio un tipo admirable de la belleza anglosajona, al lado de ella, tan delgada y como seca, á pesar de su lindo rostro mestizo. Detestóle por aquella elegancia original con que sabía adornar los sitios donde habitaba, mientras ella conservaba un instinto de salvaje para el arreglo de las telas y colores.

Cuando notaba un progreso en el pintor, sentía agolpársele la hiel en el corazón; cuando él se quejaba de su trabajo y veíale presa de las tristezas dolorosas del artista que duda de sí mismo, sentía Lidia profunda alegría, sólo empañada por la tristeza en que aquellas luchas con Lincoln arrojaban á Florent. Nunca había encontrado los ojos de Chaprón fijos en Maitland con esa mirada de un perro fiel que goza con la alegría de su amo, ó que sufre con sus pesares, sin sentir ella también, como Alba Steno, la sensación de un pinchazo en el corazón. El culto idólatra de su hermano por el pintor, la hacía sufrir tanto más cuanto que comprendía, con la perspicacia infalible de la antipatía, el inmenso engaño en que el primero estaba.

Ella sabía que en aquella amistad, como casi siempre sucede, uno solo era el que lo daba todo para no recibir en cambio más que el más brutal de los agradecimientos, aquel con el que un cazador ó un amo gratifica á un perro fiel. Había insinuado pérfidamente á Florent el carácter de Lincoln, pero tuvo que reconocer su impotencia, y millares de impresiones de odio habíanse de este modo acumulado en su corazón, para resumirse en uno de los frenesíes de taciturna rabia que